Cuando era chico, mi vida escolar transitaba entre la curiosidad por el mundo de fuera y la incomprensión de tener que memorizar tanta información que no necesitaba. Padecía sin saberlo, lo que se denomina un aprendizaje bulímico, o sea una gran ingestión de datos que se vomitan en una prueba escrita y que no dejan provecho calórico alguno.

(Aplausos)

Es una práctica que aún domina en muchas escuelas.

Yo me aburría, mi mente siempre estaba soñando. Incluso me decían que quizás no era bueno para los estudios. Hasta que un día pasó algo que me cambiaría profundamente aunque no lo comprendí hasta mucho tiempo después.

Eran los últimos años de la dictadura del General Franco. En España se respiraba ya el aroma de la lucha por la libertad. En cambio, en Chile, los militares habían acabado de manera sangrienta con la etapa y la vida de Salvador Allende. Yo estudiaba en una escuela de Jesuitas en Barcelona y tenía un profesor, el Padre Ignacio Vila, que un día hizo algo completamente diferente a todos los demás. Entró en clase y en vez de decir aquello de “abran el libros por la página 25”, nos desafió con una pregunta: ¿Es posible alcanzar de manera pacífica una vía alternativa al capitalismo? ¿Alguno de ustedes quiere explorar lo que está pasando en Chile estos días?

Todos nos miramos asombrados. Y algo hizo un clic en mi cabeza y me conectó de repente con la escuela y el mundo. Me apunté excitado y conmigo dos compañeros más. Durante un par de semanas dejamos atrás los libros de textos, información congelada y nos dedicamos a leer diarios, revistas de aquellos días y también incluso a hablar con chilenos que vivían en Barcelona y que eran de una y otra opinión. Explorábamos la información, intercambiamos opiniones, mientras estudiábamos sociología, historia y practicábamos la lengua, casi sin notarlo.

Era la vida que vibraba dentro de nosotros.

¡Y ah, cuando nos tocó presentarlo! Había una gran expectativa en la clase. ¡Y eso que no entraba para examen! La exposición fue polémica, divertida. Ni siquiera los tres estábamos de acuerdo. Hubo momentos de tensión. Y aún recuerdo mi apasionado final: es imposible alcanzar de manera pacífica una vía alternativa al capitalismo.

(Aplausos)

Se armó un gran alboroto. El Padre Vila reaccionó en sentido contrario y mis dos compañeros también. Pero en aquella escuela habíamos aprendido a debatir y a respetar nuestras ideas. Algo que ahora mi país necesita urgentemente.

(Aplausos)

Yo nunca había visto vibrar tan apasionadamente a mi clase.

Entonces, ¿Es capaz la escuela de comprender que el conocimiento no está para guardarlo en el congelador de la memoria? ¿Es posible aplicarlo en respuestas a preguntas que conecten con nuestras vidas?

Miren, yo creo que sí. Y déjenme que les cuente la historia de una adolescente.

María tiene 14 años y estudia Secundaria en una escuela en Barcelona. Un domingo por la noche, viendo la televisión, escucha una noticia que le impacta profundamente. La policía ha decomisado en el puerto de Barcelona una gran carga de ropa que pretendían entrar ilegalmente. Lo que más le impresiona a María es que la ropa había sido elaborada por niños y niñas de ocho años de edad en otro país. María sintió un escalofrío. ¿Es posible una noticia así?

A la mañana siguiente María quiere compartir su inquietud con sus compañeros y con sus profesores. Como cada mañana, los alumnos se sientan en unas gradas dispuestos a compartir el inicio de la jornada. Y María expresa su inquietud: ¿Por qué existe el trabajo de explotación infantil? ¿Por qué compramos ropa hecha por niños y niñas de 8 años de edad? La pregunta resuena en el corazón de sus compañeros y de sus compañeras y sus antenas se agitan enérgicamente.

Esta escena es algo habitual en el colegio de María. Su curso lo componen 60 alumnos y tres profesores de Lengua, Ciencias y Humanidades. Los profesores se sienten interpelados y proponen trabajar un proyecto que dé respuesta a la inquietud de María.

El tema encaja perfectamente con proyectos que los profesores han preparado, relacionados con el temario oficial. Así que les proponen estudiar el Feudalismo, la Revolución Industrial y algunos de los efectos de la Globalización. Pero yendo más allá, les proponen explorar la información, ordenarla, intercambiar puntos de vista, incluso redactar sus averiguaciones en grupos de a cuatro para cribar su veracidad. Y también les proponen el diseño de una creación artística que sea ejemplo de esas conclusiones. Y finalmente les proponen compartirla en el gran grupo.

En realidad los profesores están activando competencias relacionadas con la lengua, la Historia, el análisis crítico, la creación artística. Les están ayudando a crear conocimiento colectivo. Les están ayudando a desenvolverse en el mundo del mañana.

Cuando acaba la jornada, los profesores proponen a los alumnos otra vez reunirse en las gradas. Porque es el momento de adquirir conciencia de cómo aprendemos. Hacernos conscientes de cómo aprendemos es una de las mejores inversiones de futuro de una persona. Es el momento de fijarse en los procesos, de pararse, de mirar hacia dentro. Y también es el momento del agradecimiento. Una de las prácticas más habituales de la espiritualidad de los Jesuitas.

María vuelve a casa y es un torrente apasionado que quiere explicar a sus padres lo que ha vivido y lo que ha aprendido en la escuela. Sus padres se miran atónitos de que un adolescente quiera compartir lo que ha aprendido en el colegio.

Esto que les estoy explicando existe. Se llama Horizonte 2020. Yo tuve el privilegio de formar parte del equipo directivo que lo ideó, diseño y lo lanzó hace 9 años en las escuelas de Jesuitas de Cataluña. Situadas todas ellas en contextos sociales diferentes. 8 escuelas, 13.000 alumnos, 1.300 educadores, trabajando en red.

El proyecto Horizonte 2020 es un proyecto de cambio sistémico a partir de una serie de acciones simples, que no significa grandes presupuestos y que se pueden aplicar en muchos tipos de escuelas. Que necesitan ilusión, vocación y un tiempo de formación diferente.

Déjenme que les explique los tres fundamentos del proyecto:

El primero es conectar la escuela con la vida de los alumnos. Aprender lo que queremos ser. Como en el caso de María, ella lanza su inquietud desde sus vivencias, desde sus emociones. Y los profesores proponen trabajar un proyecto que conecte con esa inquietud. Aprender es vivir experiencias que nos dejan huella. Nos lo señaló el padre Vila y nosotros lo estamos poniendo en el centro del sentido de la escuela

El segundo fundamento es empezar los trabajos escolares con preguntas que los alumnos deben buscar y responder. Es lo contrario de profesores que empiezan dando todas las respuestas para memorizar. Como en el caso de María, la actualidad nos proporciona muchas posibilidades de preguntas para los alumnos. En nuestras escuelas los estudiantes trabajan durante varias semanas proyectos que los profesores han preparado previamente. Profesores de diferentes disciplinas. Pero para eso necesitábamos introducir cambios radicales en la escuela. Rompiendo mitos como la división por asignaturas o que con pocos alumnos se aprende mejor. Nosotros hemos conformado grupos numerosos de alumnos que nos permite tener tres profesores en el aula. Lo cual también nos permite socializar el aprendizaje, mezclar las disciplinas. Llegar a una mayor diversidad de alumnos y también contribuir a hacer viable el proyecto económicamente.

El tercer fundamento es cambiarnos el chip como profesores. Desde nuestra ilusión, hemos tenido que aprender a trabajar de una manera como nunca fuimos enseñados. Desaprender para aprender de otra manera. Aprender los instrumentos que los alumnos deben aplicar en el aula. Como el trabajo cooperativo o el trabajo por proyectos. Hemos conocido un proceso de mayor protagonismo y empoderamiento para ir más allá de recitar información. Y también nos hemos dotado de instrumentos para la evaluación integral, que nos permite acompañar a los alumnos para que sean conscientes de lo que saben y de lo que son capaces de hacer. Hemos cambiado la función tradicional de los profesores.

Esto que les cuento no sólo pasa en nuestras escuelas, está ocurriendo en muchísimos lugares del mundo. ¿Ustedes se imaginan lo que significa, después de tantos siglos de hacer lo mismo, un cambio de estas dimensiones que se está produciendo en tantas escuelas del mundo? En Cataluña, por ejemplo, en los dos últimos años, más de 500 escuelas públicas y privadas, estamos trabajando juntos para profundizar en este proceso de transformación. En realidad es como una especie de primavera pedagógica que hubiera estallado por la ilusión de tantos maestros y por la demanda de tantas familias.

Al principio, nuestros profesores tenían miedo de que este modelo pudiera afectar negativamente en las evaluaciones estandarizadas. Pero 5 años después de haber comenzado el proyecto, no sólo los resultados académicos siguen altos, sino que hemos conseguido llegar a una mayor diversidad de alumnos. Y lo que es más importante, tres grupos internacionales de investigación universitarios nos señalan avances notables en el clima de aula, la creatividad de los alumnos y los efectos del trabajo cooperativo.

Aunque no lo entendí hasta mucho tiempo después, el Padre Vila nos señaló el camino en aquella escuela de los años setenta. Nosotros hemos cogido esa inspiración y hemos intentado ir mucho más lejos. Miren, yo creo que estamos despertando de un largo letargo y estamos llegando a una clara convicción: educar es conectar la escuela con el proyecto de vida de cada uno de nuestros alumnos.

Muchas gracias.

(Aplausos)